



Hipertexto 7
Invierno 2008
pp. 113-122

**Conversación virtual entre Helena Ospina,
Victoria Ocampo y Cristina Viñuela***

Rodrigo Pereyra
Texas A&M University

Hipertexto

Podría pensarse que el común denominador entre tres mujeres intelectuales sería el arte, la filosofía, o el hombre en cuanto a persona, en cambio, el pensamiento de Helena Ospina, Victoria Ocampo y Cristina Viñuela gira en torno a las letras, la poesía en concreto, para luego darse cuenta que ésta es sólo el medio para conocer más a profundidad a la persona y a Dios. Existe un diálogo no planeado entre sus obras y su pensamiento que profundiza el interior de la persona para luego caer en la cuenta que la intimidad del arte, la perfección que se pueda encontrar en la obra, apunta hacia lo universal, la superación no sólo de la obra sino también de la persona. Tanto en Helena Ospina como en Victoria Ocampo el conocimiento de que la razón y la cultura les han dado las han llevado a alcanzar un nivel de abstracción en lo intelectual y en el amor al arte, que no les queda otro camino que el de reconocer que todas las vías llevan a Dios.

De existir un diálogo imaginario entre las escritoras y su pensamiento, daría inicio con la reflexión acerca de la literatura femenina autobiográfica, su definición, su razón de ser, el por qué se escribe. Su obra habla de la búsqueda de la unidad entre arte y persona, y del drama interior que su vida pueda sufrir, en particular, la vida de Victoria Ocampo, quien ha de convertirse para Ospina en una llave que va descorriendo cerrojos que le permiten mirar con mayor luz su vocación de escritora. Podría decirse que la obra de estas escritoras está enmarcada entorno a las escrituras del “yo”. Siendo la literatura intimista la más particular a Ospina. En su literatura se percibe la búsqueda de la unidad entre la

* Esta peculiar entrevista está compuesta a partir de los diversos materiales que la escritora Helena Ospina envió a la redacción de la revista para este monográfico, lo que explica en parte algunas peculiaridades de su formato.

perfección en la obra y la perfección en la persona. Una búsqueda exigente que lo pide todo y que no conoce treguas ni permite soluciones a medias. Se encuentra también en Victoria Ocampo la forja de puentes culturales. La labor editorial de SUR trasciende su terruño. Se abre a horizontes distantes porque en todas las culturas se comparte un interés común que apasiona.

Paso a paso se pueden percibir ideales imantados hacia la perfección. Se puede percibir la nostalgia de lo eterno y el retorno a casa presentes en su obra y en sus vidas. Situando la vocación de escritora en Ospina, vemos también su aporte que aspira ayudar aún más por medio de su empresa cultural *Promesa*. Reflexionando nuevamente sobre arte y persona, vemos que esta realidad la interpela desde sus estudios literarios en Georgetown University sobre Paul Valéry. Los ensayos valerianos sembraron una exigencia en su vocación: la búsqueda de la perfección en el arte y en la persona. Valéry debió haberle dado una pista. Puesto a elegir –decía– entre la perfección de la obra y la perfección en la persona, se quedaba con la última. La prefería a la primera. El trabajo de orfebre de la lengua dejaba en su persona –decía– un resultado más valioso que el primero. ¡El arte como forja de la persona! Criterio nítido que quedó esculpido en su itinerario intelectual desde 1965-1966.

Intentemos ahora con el ejemplo de las tres escritoras, y en especial con Ocampo –artista y gestora cultural de entraña universal–, escudriñar los retos que la cultura y la vida plantean a la persona del escritor. La escritura –tanto de Victoria y de Ospina– busca responder ciertas interrogantes: ¿quién soy?, ¿por qué escribo?, ¿por qué –preferiblemente– en poesía?, ¿qué finalidad puede tener todo este quehacer? Tanto Victoria como Ospina sienten la necesidad de encontrar lo que dé unidad y razón de ser a la propia existencia: dar con la verdad capaz de unificar lo polifacético y disperso que existe en su personalidad. Hasta tanto no se encuentre una verdad gravitacional, en torno a la cual todo gire, ambas escritoras se hallan descoyuntadas.

La escritura para Ospina es un camino constante de exploración de una conversión gradual hacia una verdad gravitacional. No es desahogo ni evasión. Es fidelidad a lo visto, a lo vivido, a lo elegido, a lo captado como valioso, y que sólo habrá de cesar con la muerte. La muerte constituirá el ingreso al lugar donde todo lo intuido y vivido se dará en plenitud. Su escritura es un proceso interior que lleva a re-descubrir esa verdad, a la luz de la cual busca configurar a su propio ser y obrar, para así poder dar unidad –ser coherente– a su existencia. Su escritura no es un proceso psicológico de introspección que se quede en “linearidad” horizontal descriptiva de hechos. Esa escritura no le interesa. La escritura para Ospina es un proceso cíclico y vertical que recurre, una y otra vez, a los hechos, para desentrañar el sentido que tienen. Quiere alcanzar la raíz que dé unidad a cuanto se es y se haga. Para Ospina cuando la escritura no apunta hacia una verdad –y la búsqueda de una verdad no interesa–, la apuesta de la escritura puede discurrir por otros derroteros: ¿exhibicionismos?, ¿complacencia del yo?, ¿necesidad de confesión para “sentirse” absuelto?, ¿medio de salvación sin Dios?, ¿obsesión por llegar a una redención personal y a la de otros?

Para Ospina, la verdad gravitacional no le quita la libertad ni el sufrimiento. La interpela. Puede acogerla o rechazarla. Recordamos, al respecto,

el título tan sugerente de Gabriel Marcel: *Du refus à l'invocation* (*El rechazo de la invocación*). Todo artista sabe que ha sido rozado por el ángel de la belleza. Tal parece que Ospina sabe que el artista no se inventa “ser artista” sino que nace artista. Puede abrirse a la vocación o negarla. Lo que sucede, si la niega, es que nunca puede olvidar que hubo algo que le rozó con su belleza. Cuando el artista acoge su vocación, su camino se vuelve ascenso gradual –con avances y retrocesos– para ser fiel a lo visto y para luego procurar vivirlo. A Ospina esa verdad “gravitacional” la atrae, la ilumina, la anima, la llena de goce... Lo único que corresponde al artista es seguirla, sabiendo –como lo comprueba a cada paso– que es una verdad que busca –libremente, del artista– su adhesión. El juego de la belleza es un juego de amor y de libertad. La última palabra la tiene el artista.

Quizás el término más adecuado para la escritura de Ospina es el de la literatura intimista. Su relato siempre es intimista. Lo íntimo es característico de la persona. Se refiere a lo más interior, a lo que está detrás de todo y de donde mana toda actividad. Con razón llamaba J. H. Newman a la literatura “el libro del alma”. Lo íntimo se manifiesta como opuesto a lo superficial. Es lo profundo que permanece unido a la creencia del ser y lo penetra. La escritura para Ospina viene a ser esa “toma de posesión” de su interioridad, de su propia intimidad. Es descubrimiento de mi yo. El “yo” se aclara mediante esta penetración que la escritura hace hacia el interior de sí mismo. Esta penetración se hace en una realidad que no es estática, sino viva, fuente de cosas nuevas, creadora. En esa intimidad se distingue el núcleo personal de su “yo” y el mundo que mana de él. Es allí donde mora. Intenta dilucidar las resonancias profundas que los hechos dejan en su vida para reconstruir la unidad de esos sucesos vitales. Es un “ponderar las cosas en el corazón”.

El ser humano tiende al bien. Esta inclinación es la que establece una tendencia natural hacia la unidad. Cada persona construye la unidad de su vida según el bien que elige, que privilegia y que valora, por encima de los demás. La vida conlleva pluralidad de intereses que implican diversidad de intenciones. Sin embargo, conforme avanza el existir concreto de la persona, la persona consolida en sí misma, una orientación radical de la cual nacen y hacia donde convergen las motivaciones más profundas. El modo como cada quien va concretando la tendencia a la unidad –desarrollando esa orientación radical– se puede expresar en pocas palabras, incluso es reductible a una sola, y que traduce el fin último que se asigna a la propia vida. La literatura intimista –en algo que comparten tanto Victoria como Ospina– es la que mejor permite bucear en el núcleo donde se mora, a manera de “reservoir”, y de donde se tiran las coordenadas que orienten la vida. La escritura cumple, en ese sentido, un “mise au point” necesario que requiere el yo para poder mantenerse fiel a lo libremente elegido.

Existe en todo ser humano la necesidad de desentrañar el misterio de su propia vida, de la propia personalidad y del quehacer de la misma. Una escritura del “yo”, que ponga el acento sólo en la introspección psicológica, sin referente hacia una verdad capaz de aunar “ser” y “obrar”, no le interesa a Ospina. La descripción lineal de procesos psicológicos, cuando no se imanta hacia un fin

que les dé sentido, se agosta, se consume. Sólo a la luz de una verdad se es capaz de encontrar y dar sentido a la existencia. Se puede empezar la escritura como proceso lineal, descriptivo, psicológico de introspección; pero, íntimamente se presenta una exigencia: de “la linearidad” no surge la clave. La linearidad apunta hacia un horizonte. Y compete a cada artista descubrirlo.

Para Helena Ospina la existencia intelectual de la mujer ya estaba dada desde que pudo darse cuenta de la inteligencia natural y práctica de su madre. El acopio de bienes culturales y de apertura de espacios en su hogar –en la música y en el ballet clásico– eran una vivencia diaria. Gracias a que su madre le proporcionaba todo lo que los medios del lugar no le podían ofrecer, empezó un “mecenazgo en las artes” que se vio consolidado luego, en sus respectivas sedes, del Conservatorio de Música y Academias de Danza, en su ciudad natal, Cali (Colombia). El mecenazgo artístico de su madre era de carácter personal, solidario. La existencia intelectual no fue para Ospina una lucha a conquistar, sino un desplegar el propio descubrimiento de su vocación de artista. Esa vocación tomó luego la dirección de la escritura –la poesía– cuando rondaba los cincuenta años. Escribe para alumbrar la belleza que presentía interiormente y que descubría también fuera de sí. Belleza que veía presente en las personas y en las obras. La escritura es entonces para Ospina un acto de “toma de posesión” de lo que intuye en el interior y constata en lo exterior. Como si necesitara escribir para desentrañar lo intuido. Para una artista como Ospina, no plasmar la belleza es como “pasarle de largo”, “desairarla”, “ignorarla”.

La escritura de Ospina está imantada hacia la certeza de que es posible la armonía en medio de la desarmonía; el orden en medio del caos; la bondad en medio de la dureza del corazón. La forma germinal –para utilizar la expresión de Étienne Gilson en su filosofía del arte– de su escritura fue la poesía. Poesía, como diamante interior del alma, que revela con fulgores diferentes, en cada arista, la belleza. Esta imagen del diamante es constante en sus poemas. Diamante, esplendor de la belleza. Dureza, consistencia, firmeza, solidez de la forma. Permeabilidad, transparencia de sombra y luz que permite registrar temas, emociones –el fondo– en variedad iridiscente. De esa forma germinal –la poesía– nació el deseo de contagiar otras expresiones artísticas de su resplandor. Es por esto que surge en *Promesa* la interrelación de las artes: de la poesía con la música y con la danza. La realidad cultural en la que ha vivido es la que es; pero siempre está en su poder transformarla creativamente apuntando hacia la perfección, buscando acrisolarla en el ser y en el obrar.

Y cuál habría de ser el principio unificador para Ospina sino el de la belleza. La belleza, no como contemplación abstracta, sino encarnada cotidianamente en la vida, en la persona, en gestos, en actuaciones..., donde se percibe entrañablemente su irradiación unida al amor, a la misericordia, al dolor y al perdón. De igual manera la belleza, por supuesto, en la obra de arte. Pero sabiendo que la obra de la perfección personal es lo sustantivo. La expresión artística, lo adjetivo. La primera se puede dar sin la segunda. Cuando las dos se dan, la segunda acontece como consecuencia natural –floración– de la primera. Se lucha por la coherencia en el ser y en el obrar. Por eso es que afirma que “el arte es el resplandecer de la persona”. Es más fácil intentar lograr la perfección

en la obra que en el ser, porque la del ser compromete, exige la totalidad de la persona; implica renunciaciones; y hay que estar dispuesto a vivirlas.

¿Dónde poner el acento? ¿En la persona o en el arte? ¿Dónde busca la perfección Helena Ospina? ¿En la santidad o en la obra? ¡En las dos! ¡En ambas!. Esta disyuntiva no tiene porqué darse. Lo uno no excluye lo otro. A medida que la persona se hace, se perfecciona, y su obra se enriquece. La escritura es una vocación. Se ejerce como cualquier otra. Cada artista dará a su vocación la finalidad que quiera. El asunto es que el artista no puede escaparse de su vocación. Cuando se toma conciencia de ella se busca corresponder. Y este corresponder se vuelve misión: misión de situar el yo frente a la realidad, frente al otro, para aclarar, para aclararse, y situarse en el enclave de la cultura. Tomar conciencia de esto es entrar en madurez. Cuando el artista llega a esta convicción, puede decir que ya ha encontrado su voz, su visión interior, y no le queda otra salida que hacerla saber, comunicarla, proclamarla. Si el artista no lo hace es porque no está seguro de su visión o le faltan fuerzas para decidirse a gritarla a su alrededor. Cuando el artista calla su voz –la suya, la que sabe le pertenece para su tiempo y espacio–, muere. No se puede vivir sin respirar esa visión interior, de la cual procede la razón de ser de su vocación y de su misión. El desánimo y la pereza pueden morder con garra la vocación del artista. La única salida posible es darse cuenta de que si no se expresa, queda mudo el talento para sí y para la cultura.

La redención del yo a través del arte, que algunos artistas buscan, a manera de confesión, será siempre un primer paso. Pero la redención sólo se opera a la luz de la persona capaz de dar los medios –la gracia– que necesita para que se dé “efectivamente” la redención buscada. “Arte y persona”, entonces, como dos realidades que se vertebran fecundamente. “Arte y santidad” como meta posible, como descubrió Victoria Ocampo en Gandhi. Pero son realidades que se auto-exigen. No se puede ser diletante. Con la Belleza no se coquetea. La belleza interpela. Clama. Y se ha de estar dispuesto a hacer los sacrificios –las podas– en la obra y en la persona. Es curioso. El artista sí entiende de podas en la obra. Difícilmente las acepta en su persona, como si la ascesis de la forma no tuviese nada que ver con el fondo y la persona. La perfección en la obra incide en la perfección de la persona. No son compartimentos estancos. Algunos artistas pueden elegir separarlos: por un lado va la vida; por otro, va la obra. Pero, el artista no escapa al hecho de que la persona tiende a la unidad. Y esa tensión vital necesariamente se refleja en todo lo que hace. Victoria captó esto aunque no pareció resolverlo, y por eso su búsqueda quedó anclada en el conflicto. Para que una búsqueda desemboque en otras ulteriores, más plenas y cada vez más ascendentes –con las inevitables victorias y derrotas propias de la limitación de la criatura humana–, hay que estar dispuesto a auto-exigirse en esa coherencia. No puede haber integridad sin esa ascesis.

Pero, ¿por qué escribe Ospina? La escritura para ella no es tanto liberación cuanto precisión, un avance. Aclararse y aclarar el punto de mira que le trabaja desde el interior. No es un desahogo. Y todo ello imantado hacia un ideal de persona, de vida, de verdad sobre el ser y su obrar. Nada perfila tanto el

ideal de la vida y de la obra de un artista como el suelo nutricio donde bebió los primeros sorbos de lo que luego constituirá el lento discurrir de su vida y de su obra. La técnica se aprende. El talento, con el esfuerzo, se acrecienta. Pero la imagen –y su expresión– brota inexorablemente del humus que le circundó. La dirección de la flecha –de la creatividad– proviene del calibre del arco y de la tensión que lo templó. Para unos la creatividad es “des-hacerse”; para otros es “hacerse”. Este hacerse –*poiein*– está tanto en la persona como en la obra. La persona busca aclararse a través del poiein. Algunos artistas no conciben este ser sin el hacer, porque en el hacer es que se configura el ser. Arte y persona, persona y arte, en constante interacción, en un ir y venir, de un polo al otro; buscándose, haciéndose, interpelándose; no pudiendo subsistir el uno sin el otro.

¿Cuál es el *etymon* de su vida y de su obra? La búsqueda de la unidad. Su experiencia con la verdad –de que la “unidad de vida” era posible– la tuvo muy probablemente gracias a su madre en su infancia. Y buscó la reflexión sobre “arte y persona” en un intento por buscar siempre la conciliación entre vida y expresión. El tono humano, la categoría con la cual su madre bañó su infancia fue la que le hizo descubrir el horizonte de esta unidad en la vocación artística. De no haber sido expuesta, desde la niñez, a este ideal de coherencia, difícilmente habría podido plantearse que fuese posible la unidad entre arte y persona, unidad que años más tarde constituiría el *eje* sobre el cual quería hacer girar su vida y visión sobre la cultura. Una persona llega a aprehender una verdad cuando vida y verdad se entrelazan tan íntimamente que la vida no puede concebirse sin esa verdad, y esa verdad no puede dejar de hacerse vida, y esa vida –expresión en el arte– de esa entrañable unidad. A través de su escritura Ospina deja un testimonio de que es posible concebir arte y persona bajo este prisma, y hacer ver la impronta indeleble que deja la formación del hogar en la vocación artística.

Todo proyecto cultural para Ospina está motivado por un amor, por una claridad. El amor y la admiración por su madre marcaron el inicio que dio paso a una claridad que se explicitaría luego a lo largo de su vida. Se cristalizó en la década de los años noventa, cuando se le hizo descubrir su vocación poética. Poco a poco surgió, sin más una trilogía poética sobre el esplendor de la belleza. En esta trilogía está contenido todo lo que la autora puede decir sobre el acto creador. *Splendor formae* (el esplendor de la forma, como lo entendía Paul Valéry). *Splendor Personae* (el esplendor de la Persona a través del arte, el ipse Christus paulino. Y *Splendor gloriae* (la fuente y la finalidad el arte).

Splendor formae. El esplendor de la forma. Este poemario difícilmente pudo haber sido concebido sin la poética de Valéry. Esta poética marcó su estética desde los años de estudio en Georgetown University (1964-1966): la forma pulida, la aspiración a la poesía “pura” (químicamente “pura”, desbrozada de toda prosa), el principio de unidad entre fondo y forma, la preferencia por la forma, la exigencia de la musicalidad... Pero, este era el primer peldaño de la trilogía. En esta obra se reúnen los poemarios *Ars poetica* (1991), *Poiein* (1993), y *El Verbo y el alma* (1995). *Ars poetica*, un manifiesto sobre el arte, lo limita a veinticinco poemas. *Poiein*: génesis del verbo poético. Es su poética:

aproximaciones y distancias frente a Valéry. Ilustrado por su sobrino Lucas Ospina con dibujos a tinta china que captan el lado cerebral de la pasión por el intelecto, presente en toda la obra valeriana. El Verbo y el alma, su primera incursión en lo que luego será el leit-motif de su poesía mística. Son los diálogos que entabla el alma con el Verbo. Luego el Verbo con el alma. Hasta que la iniciativa amorosa de Dios rinde, en balbuceo, al alma. La primera etapa es tímida. La segunda, la de la efusión del amor de Dios en el alma. Y la tercera, es la del anonadamiento, frente al Amor que se hace don, y nos da el verso como obsequio para agradecer su don.

Decía que *Splendor formae* constituye el primer peldaño de su trilogía. Ospina capta que la obra externa fluye de la interioridad de la persona. No quiere traicionar este principio. No quiere la perfección de “el arte por el arte”, sino que el arte sea consecuencia de la lucha por la perfección de la persona. *Splendor Personae* surge entonces, después de captar la unidad insoslayable que buscaba entre arte y persona: el arte como resplandor de la persona. En esta etapa de su vida (1993), año en que muere su madre, el dolor fue el detonante. Cuando el dolor personal se comprende a la luz de esta realidad, la creación artística trasciende la mera perfección “formal” y se eleva a un valor más elevado: unirse al designio y a la razón de ser de ese dolor y de ese amor. En la plasmación de *Splendor Personae*, la lectura de *La ciencia de la Cruz* de Edith Stein debió ser decisiva. La razón “factiva” del arte dejó de ser el resplandor de la “forma” para aspirar a ser el resplandor de la “Persona”, la Persona capaz de dar sentido a los enigmas de la existencia, siendo el dolor uno de los más desgarradores. El arte se asume, no sólo como vocación “hacedora de formas”, sino como misión “paciente” –que padece– junto a la Persona que ama, para fraguar su quehacer en unión con Quien quiso dar a su vida una tarea redentora. *Splendor Personae* lleva un subtítulo: *Poética de una vigilia Pascual*. Se entrelazan el tema del arte con el misterio pascual. Agrupa poemarios que apuntan hacia el valor corredentor que todo oficio tiene. El del artista no podía quedarse atrás.

Splendor gloriae también lleva un subtítulo significativo: *Estética de una belleza sponsalicia*. Una vez resueltos, en la trilogía, el esplendor de la forma y el resplandor de la Persona, surge la necesidad de plantearse la finalidad de arte y persona. El arte no puede agotarse en sí mismo. La persona tampoco. Tienden hacia algo, hacia Alguien, que los supere y los trascienda. Y ese Alguien es Amor. Ospina al descubrir, entonces, que la belleza tiene su fuente en Dios, la finalidad es dar gloria a Quien da el goce y la primicia –en esta vida– del resplandor de su belleza. Por eso se vuelve estética “esponsalicia”, porque el amor es el que imanta la búsqueda y se consume en su goce y deseo de irradiarlo a los demás.

Todo el esfuerzo por crear “puentes culturales” entre América y Europa desde su empresa cultural tiene un fin educativo: elevación cultural. En esta era de la globalización, los linderos entre zonas geográficas tienden a desaparecer. Se hace más fácil captar la unidad –lo universal– sin perder la riqueza de lo multicultural. Constatar que existen valores universales en las culturas, expresados en multiplicidad de ropajes étnicos. Lo que antes era sólo posible a

través del viaje, ahora es posible –como siempre– a través del espíritu, mediante los enlaces –“links”– que la tecnología permite, haciendo del encuentro interpersonal una realidad inmediata en su mera “virtualidad”. Se tiende a lo universal, no por desprecio a lo nacional. Se tiende a lo universal, porque se sabe que late, en todas las culturas, un alma que es posible “sintonizar” para encontrar en ella resonancias de lo local.

Cuando Victoria Ocampo se compara con Virginia Wolf, en esa búsqueda interior, hace el siguiente contraste: “... [Virginia Woolf] no relaciona estos hechos con el mundo místico tanto como lo hago yo” (Ocampo, Virginia Woolf en su diario, 78-80). De no haber experimentado Victoria esa polarización hacia lo místico, su búsqueda no habría sido tan angustiada. Cristina Viñuela la define muy bien así: “El conflicto surge, a nuestro entender, cuando aquello que elige como lo bueno y lo mejor, ya sea que predomine la cabeza o el corazón, entra en contraposición con algo que se presenta exigiendo prioridad y de alguna manera una cierta exclusividad: la búsqueda de perfección en sí misma” (Viñuela, 177). En los momentos de mayor duda interior, Victoria lamentará siempre –afirma Cristina– el descuido y postergación por la búsqueda de perfección al nivel personal más íntimo.

Según Viñuela, Victoria Ocampo, frente a los espejos orientales de Rabindranath Tagore y Gandhi, se plantea un dilema que está latente en su búsqueda personal. En Gandhi ve al santo. En Tagore, al artista. Gandhi se esforzaba en poner la perfección en su propia vida: “en el acuerdo entre pensamiento y acción” (lo propio del santo)” (Ocampo, *Testimonios* VIII, 25). Tagore colocaba la perfección en el objeto, en su obra de arte literaria. Victoria llegó a vislumbrar la belleza de esta verdad: “un santo no existe como tal si no logra poner la perfección en su propia vida, en cada acto de su vida. Su obra de arte es su vida” (Ocampo, *Testimonios* VIII, 25). Viñuela analiza así la atracción ejercida, tanto por Tagore como por Gandhi, en la vida de Victoria: “Evidentemente Ocampo se sintió atraída tanto por la perfección estética de las obras artísticas como por la que algunas personas habían conquistado en sí mismas”. Victoria llega a preferir Gandhi a Tagore: “Tagore o Gandhi yo sin saber cuál elegir, aunque ya en esa época Gandhi me parecía el más grande de los dos. Aparecían juntos en mi vida, como acudiendo desde el fondo de su país misterioso para plantearme la pregunta ¿arte o santidad? (V. Ocampo, *Autobiografía* IV, 24).

Victoria captaba en Gandhi la contundencia de la belleza de un ideal “encarnado”, hecho vida: “Su presencia, lo que irradiaba, su palabra directa y despojada de elocuencia vacía me traspasaron de emoción y todo desapareció, excepto el fervor que me inspiraba. No dormí aquella noche, atormentada por el deseo de dejar plantados mis proyectos... y de seguirlo para tratar de conocerlo, de oírlo, de aprender a vivir mejor a su lado”. (V. Ocampo, *Testimonios* VIII, 42). La frase “seguirlo, “aprender a vivir mejor a su lado”, denota la sed que Victoria sufría, por exigirse a sí misma, en esa línea de la perfección personal. Pero esta elección suponía – como decía– “dejar plantados sus proyectos”; o comprender que era posible armonizar arte y santidad. La llamada a la santidad está abierta a todos los oficios nobles. El oficio de la escritura –la vocación

artística— también está llamado a la santidad. Sólo que esta santidad exige coherencia entre arte y vida. Cuando Victoria mira su propia vida y la contrasta con la de Gandhi, dice: “Gandhi poseía todas las virtudes que a mi me faltaban, especialmente la mansedumbre”. (V. Ocampo, *Autobiografía* IV, 12). “Atribuyo su magnetismo a su coherencia y a su pureza” (Ocampo, *Autobiografía* IV, 14). “Sus escritos no diferían de sus actos, pues vivía como pensaba y pensaba como vivía” (Ocampo, *Testimonios* V, 234). Este ideal de “unidad de vida” —de coherencia, de integridad— era el que buscaba Victoria. Pero para emprenderlo se requería una razón profunda por la cual vivirlo, y una voluntad férrea para sostenerlo. Victoria era consciente de que personas así son las que transforman el mundo: “Sólo con hombres así es posible mejorar el mundo” (Ocampo, *Testimonios* IX, 253).

La nostalgia de santidad es la patria del alma. Existe sólo una tristeza: “¡la de no ser santos!”. A esta cumbre apuntó también la vida de Victoria. ¿Qué le dificultaba emprender este camino? Viñuela afirma que a Victoria le fascinó de Gandhi, además de su coherencia de vida, su amor a la verdad. No se puede vivir sin verdad. Victoria siempre se sintió atraída por la verdad, y en Gandhi encontró un hombre que había descubierto la vía a Dios a través de la verdad. En los puentes culturales de Victoria, los espejos orientales fueron los que le brindaron esta vía a lo trascendente. Con la poesía de Tagore —afirma Viñuela— Victoria experimentó vivamente la necesidad de Dios. Y frente a Gandhi descubrió que ese encuentro implica, dentro del camino de la libertad, un esfuerzo por conquistar la unidad entre lo que se piensa, lo que se dice, y lo que se está dispuesto a vivir.

Victoria era consciente de las implicaciones de la santidad, cuando decía: “...el santo (o para quien, sin ser santo, la santidad existe y ejerce una atracción) no puede esparcir la perfección soñada, darla, hacerla sensible al corazón, eficaz, sino viviéndola interiormente tanto como en sus obras” (Ocampo, *Autobiografía* IV, 125). ¡Victoria dio allí con la clave! No se puede esparcir la perfección soñada sino viviéndola, interiormente, tanto como en la obra. Sólo así, se da, se entrega, se hace sensible al corazón, y es eficaz. En otro momento Victoria exclamó, atribulada por su vida descoyuntada: “¡Marta y María! Ese deseo de ir más allá de lo individual, de Francesca a Beatrice, comenzaba a obsesionarse más y más. Y sin embargo ¡estaba tan terriblemente atada a las formas más individualistas de la vida! (Ocampo, *Autobiografía* IV, 126). En Gandhi había encontrado el ideal de unidad entre Marta y María. Pero la atadura —a lo que Victoria llama “¡las formas más individualistas de la vida!”— le impedía emprender el camino. Su búsqueda, en vez de abrirse a lo que podía ayudarle a trascender, quedó anclada en el conflicto. Al no resolver —por vía de la coherencia, el orden en el amor—, a medida que pasó el tiempo, la soledad que experimentó fue mayor. Viñuela atribuye a “la forma lúdica” de relacionarse Victoria con la verdad —forma que no la comprometía, con “acercamientos que aquietan”, y “distancias que no comprometen”—, la razón por la cual su búsqueda terminó en conflicto.

“Arte y persona” en Victoria Ocampo —extraordinaria mujer que tendió puentes culturales entre América y otros continentes— constituyó “una unidad”

largamente soñada y añorada. Quedó en forma larvada porque requería una renuncia que sólo es posible, como ella misma lo confiesa, en una carta que no llegó a enviar a Gabriela Mistral: "... se vive con dificultad, sea donde fuere, y se vive mal sin Cristo. Bienaventurados los que tienen el corazón puro... y lo ven siempre, a pesar de cualquier vidrio esmerilado. ("Yo suelo tener el corazón puro, un instante, cada siete años"). Se lo digo a Gabriela. Gabriela me dice que el comprender lo que era la Gracia le ha cambiado el color de su vida". (V. Ocampo, Testimonios VI, 67). El puente cultural, el decisivo para la vida, entre vida y obra, quedó, en Victoria, orillando el "etymon espiritual" de su sorprendente aventura cultural. Y el diálogo de culturas que promovió quedó, a la espera, de que la llave –que le entregaron tanto Gandhi como Gabriela Mistral– descorriera el cerrojo que le permitiera el diálogo que tanto anheló su alma con Dios. Es significativo que los libros de cabecera que tenía, a la hora de su muerte, eran la *Biblia*, *La imitación de Cristo*, y la *Oda Jubilar* de Paul Claudel.